

Graciela Tedesco - Cecilia Moreyra

Editoras

Paisajes de Güemes

Habitar la casa, el barrio y la ciudad



Área de

Publicaciones

Paisajes de Güemes

*Habitar la casa,
el barrio y la ciudad*

Graciela Tedesco Cecilia Moreyra
(Editoras.)

Área de
Publicaciones

ffyh

Facultad de Filosofía
y Humanidades UNC



Universidad
Nacional
de Córdoba



2. MEMORIAS

Casas de mi infancia en Barrio Güemes

Por María Cristina Amaya¹

María Cristina Amaya vivió en barrio Güemes entre 1945 y 1967. Primero, en una típica casa chorizo ubicada en la calle Belgrano y después, en una casa de tipología moderna que construyó su padre a pocas cuadras de la primera.

Las casas chorizo estaban compuestas por tres partes: una hilera de habitaciones, una galería que servía de vínculo y circulación entre las habitaciones y un espacio abierto o patio lateral. De haber dos patios, como en la casa que nos describe María Cristina, el primero estaba destinado a las actividades sociales y el segundo a los servicios, esto es, el baño y la cocina, cuartos que estarían segregados de la parte central de la vivienda. Estas casas ocupaban, en general, un lote angosto y alargado, de allí su denominación de “chorizo”².

La casa que construyen su padre y madre representa otro tipo de vivienda (compacta, moderna) que testimonia algunos cambios en las formas de habitar. Esas nuevas formas no reemplazan a las anteriores, sino que, como vemos, conviven en un mismo barrio diferentes tipos habitacionales.

En las siguientes páginas, María Cristina nos ofrece una nítida imagen de las dos casas que habitara durante sus años en Barrio Güemes. Nos comparte fotografías registradas por su padre Carlos Enrique Amaya y nos abre la puerta a las mismas, sus diferentes espacios, las actividades cotidianas que transcurrían entre la casa, el patio, la calle y el barrio; todo narrado desde la perspectiva de una niña.

1 Docente de alma, con muchos años rodeada de niños y adolescentes. Recuerdos de una infancia muy feliz en mi querido barrio, que me dio las bases para una adultez madura, con experiencias y deseos de disfrutar la vida. La tonada y el humor cordobés me acompañan en el camino donde sea que vaya.

2 Liernur, Francisco y Aliata, Fernando (2004), *Diccionario de Arquitectura en la Argentina*, Tomo 2, Bs. As: Clarín, p. 29.

Nací en julio de 1945. Vivíamos en casa de mi abuela, en barrio Güemes, Belgrano al 1200. Típica casa chorizo, con un zaguán, un pequeño hall de entrada y al costado derecho, una fila de habitaciones grandes, eran cinco, con puertas a un patio embaldosado que llegaba hasta el final. Después de las habitaciones había una pieza pequeña, con cocina a carbón y a su lado un baño. Al terminar el patio embaldosado, había otro de tierra, con gallinero, una pileta de lavar y otro baño, tipo letrina. De allí salía una escalera a un altillo, que era el rincón de mi abuelo. Él trabajaba en un almacén de Ramos Generales, pero la carpintería era su hobby. En ese altillo se encerraba largas horas atareado con sus creaciones. Hizo muchos de los muebles de esa casa y luego de la nuestra, así como los muebles de mis muñecas, que eran hermosos. Aún los veo con mis bebés acostadas, comiendo en la mesita, todo terminado con colchones, almohadas, sábanas y la ropita en el ropero (confeccionada por mi mamá). En el pequeño balcón de la primera pieza, mi abuela leía el diario todos los atardeceres. Su rostro concentrado en las noticias siempre lo llevo en mi mente con cariño.

Con mi madre eran siete hermanos (cinco mujeres y dos varones) y todos vivíamos allí. No recuerdo cómo nos distribuimos, pero puedo imaginar que teníamos poca intimidad. No obstante, nunca hubo discusiones, ni peleas. Reinaba el respeto entre todos.

Había una heladera a hielo (todos los días se compraba una barra de hielo) y en la cena siempre estábamos juntos en la última habitación que hacía de comedor y tenía también algunas camas. Eran muy grandes todas las piezas.

El patio embaldosado tenía un árbol que daba sombra, un parral de uva moscatel y muchas macetas con flores. Aún percibo el perfume de jazmines, flor que mi abuela adoraba y cuidaba con mucho esmero. Cada vez que percibo ese aroma, vuelve a mí el recuerdo dulce de ella. Al poco tiempo, la cocina a carbón fue reemplazada por una a querosén, que facilitaba mucho las tareas. Lo mismo en el baño, donde colocaron una ducha con calentador eléctrico y ya no hubo que entibiar agua en ollas para bañarse. No había estufas, pero no recuerdo haber sentido frío.

La calle era de adoquines y pasaba el tranvía número 12 con sus sonidos característicos que se escuchaban de lejos, sobre todo su

campanilla. Al tomarlo nos llevaba hasta el centro. En la esquina estaba la garita del policía. Era como una casilla elevada donde todo el día había un agente. Se turnaban cada ocho horas. Prácticamente su misión era observar lo que ocurría, pues casi nunca había incidentes. Eran dos los que más conocíamos y charlaban con la gente que siempre le alcanzaba agua, alguna comida e incluso le permitían entrar al baño si lo necesitaba. Era un vecino más que nos cuidaba y lo cuidaban los vecinos a él.

*María Cristina en el patio de la casa de sus abuelos,
calle Belgrano 1200.*



Cuando tenía alrededor de tres años, mi padre, que trabajó en la Fábrica Militar de Aviones, compró un terreno en la calle Ayacucho, a dos cuadras de allí y con un crédito del Banco Hipotecario comenzó a construir nuestra casa. Él mismo dibujó los planos, contrató un Maestro Mayor de Obras y dos albañiles. Los fines de semana todos íbamos a ayudar para apresurar la edificación. Supongo que para vivir más cómodos nos mudamos con la casa sin algunas terminaciones. Las puertas y ventanas eran cubiertas con cortinas de lona (no había inseguridad) y los muebles, sólo los indispensables: el dormitorio de ellos y el juego de comedor, que eran regalos de casamiento, mi dormitorio con los muebles que hizo mi abuelo, y un sillón esquinero en el living que también realizó él y tapizó mi mamá.

Casa paterna en construcción, calle Ayacucho al 1300



Mi casa quedaba, y aún está, frente a la cárcel de encausados. Ayacucho al 1300. La elección del terreno fue, por un lado, porque mi madre no quería irse lejos de mi abuela. También pensaron en el Cerro de las Rosas, donde los terrenos eran mucho más baratos. Finalmente se decidieron por barrio Güemes, pues allí había agua

corriente y cloacas, y en el Cerro no. Poco a poco fue tomando forma nuestro hogar. Todos los meses, cuidando mucho los gastos, se iban agregando detalles que lo hacían más confortable

La calle era de tierra y tenía muy poco tránsito, o sea que era ideal para jugar sin peligros. Éramos libres y felices. Remontar barriletes, hechos por nuestras manos, en los baldíos, trepar a todos los árboles, jugar a la escondida, al viejo (mancha le llaman ahora), a las bolitas, al tejo (rayuela) sin horarios en las vacaciones y los fines de semana en época de clases. Volver a la nochecita, sucios de tierra y llenos de raspones que no dolían. Entonces venía el baño y las piernas y brazos frotados con glicerina para evitar paspaduras (no había muchas cremas y las que había, eran muy caras).

La cárcel nunca dio problemas. No era agradable ese paredón immenseo, gris, pero no había disturbios ni peleas. A veces caía a la calle la pelota con que los presos jugaban y nos peleábamos a ver quién tenía fuerza para lanzarla alto y devolverla. Por lo general venía algún adulto y lo hacía.

Frente de la casa familiar en Ayacucho al 1300



La casa era muy grande. Tenía tres dormitorios inmensos, con placares que ocupaban toda una pared, llenos de estantes y cajones (hechos por mi abuelo). Las ventanas eran grandes y tenía persianas de madera. Dos de ellas daban a la calle y otra, al patio. Un pasillo muy ancho con otro placard y a un costado el baño completo. La entrada era amplia y servía de garaje. Allí había un pequeño hall que a su izquierda daba a un comedor muy amplio, y a la derecha, a un living también grandísimo que era nuestra sala de estar que tenía un hogar a leña que nos entibiaba en el invierno.

En la parte de atrás estaba la cocina comedor, con grandes mesadas de granito y alacenas por todos lados. Sus ventanas daban al patio. Todos los pisos eran de granito blanco. La galería cubierta era larga, con un lavadero de dos piletones, un pequeño baño y de allí ese patio que con los años varió entre jardín, huerta, césped, tierra. Patio que fue el lugar mágico de juegos, cumpleaños, travesuras, encuentro con amigos. Tenía en el medio una mesa de granito con bancos del mismo material y una columna de iluminación hermosa.

María Cristina y su hermano en la galería de la casa y en los piletones de lavar





Como no podía faltar, las parras de uva frambuza daban sombra a gran parte de ese patio. También tuvimos mascotas. Conejos, palomas, gallinitas enanas, teros, un sapito Pepe que mi abuela trajo siendo pequeño y vivió siempre con nosotros, y la tortuga. Nuestro perro, un dóberman enano que se llamaba Pancho López, pues era chiquitito pero matón, como decía una canción de la época. Una tortuga tan singular, que cuando mi papá ponía música en el tocadiscos, que era grande y tenía mucho volumen, estiraba sus patitas a toda velocidad, entraba a la casa y delante de los parlantes, se paraba y estiraba su cabecita, inmóvil, escuchando.

Un día mi padre trajo un árbol de damasco, pequeño, que sembramos con mucho amor. En poco tiempo creció y sus ramas llegaban al techo de la casa. Fue el lugar donde hicimos nuestra casita del árbol, nuestras hamacas, nuestro trapecio para las funciones de circo. Por sus ramas también trepábamos para subir al techo. Y de allí, en verano, cuando mi mamá dormía la siesta, nos escapábamos a la calle a encontrarnos con los amigos a jugar y hacer travesuras. Calculábamos la hora por el sol, y lograr entrar antes de que despertara.

Rondas en el patio de la casa



El patio de mi casa era lugar de reunión de todos los chicos del barrio. Allí jugábamos a las rondas, las escondidas, el viejo, Martín Pescador, los tres alpinos, la farolera, la soga para saltar, las estatuas, figuritas y las bolitas. Cavábamos la tierra para hacer piletas de natación, casas subterráneas, construimos casas tipo carpas con bolsas de arpillera. A las cinco en punto, mi mamá con el mate cocido y el pan con mermelada hecha por ella era un elixir para nosotros.

Mis juguetes preferidos eran las muñecas. Tenía varias, entre ellas una Marilú que me había regalado mi madrina. Era una belleza de porcelana y articulada, con los ojos que se abrían y cerraban; también la famosa Negrita que era mi preferida, y la muñeca de trapo. También tenía muchos libros de cuentos. Mi padre nos inculcó la pasión por la lectura y en cada edad nos elegía el libro adecuado. Al igual que libros, nos compraba discos con canciones infantiles que aún recuerdo escuchar en las tardes de lluvia.

Juegos y lecturas dentro de la casa



A la vuelta de mi casa, por la calle Perú, teníamos el arroyo de La Cañada, aún no canalizado. El agua era limpia y estaba rodeado por casas humildes. Humildes y muy educadas pues no tiraban basura y mantenían los márgenes sin suciedad. Las orillas eran de tierra con césped, o sea que no era lo mismo que un arroyo de las sierras con las playas de arena. Pero algunos chicos, en los días de mucho calor, se bañaban y jugaban allí. Cuando crecía, el agua inundaba casi hasta la mitad de la calle Perú y para nosotros era un espectáculo ir a ver, siempre con cuidado. Generalmente el agua bajaba pronto. Tormentas de verano. Me recuerdo chiquita, al lado del arroyo, mirando ese mundo tan distinto y tan cerca de mi casa. Mi curiosidad se intensificaba con cada nueva experiencia y mis padres me hacían conocer cosas nuevas siempre.

María Cristina junto al arroyo La Cañada próximo a su casa



En un sitio baldío a pocas cuadras de casa, venía en el verano un parque de diversiones. Calesita, sillas voladoras, hamacas gigantes y todo tipo de juegos para ganar premios (estilo kermesse). Los precios seguro que eran accesibles, pues los fines de semana íbamos todas las familias a disfrutar. Lo ubicaban en la calle Belgrano al 1000, aproximadamente, donde había mucho espacio.

Las fiestas de fin de año se festejaban en la casa de mi abuela en la calle Belgrano. Se ponía una mesa larguísima en todo el patio y allí entre tíos, primos, tíos abuelos llegábamos a ser más de cincuenta. Todos colaboraban con la comida, bebida y arreglo de las mesas. Y después de medianoche, uno de mis tíos era el encargado de los fuegos artificiales. No nos dejaba acercar por el peligro. Pero era una delicia disfrutar juntos ese momento tan especial. A esa hora todos los chicos del barrio nos juntábamos a disfrutar las luces y estallidos que nos llenaban de alegría. Después jugábamos en la calle hasta que nos agotábamos. El número de primos iba aumentando con los años, y la unión y la complicidad entre nosotros también.

Mesa familiar



Más tarde llegó la época de los bailes o asaltos. Recién a los 14 o 15 años me permitieron ir a las primeras reuniones en casas de familia, siempre acompañada por mi mamá. Muchas veces las reuniones se hacían en mi casa que era una de las más grandes y que dejaba a mis padres más tranquilos. Bailábamos rock, twist, jazz y al final los lentos, siempre con las mamás mirando. Momentos de los primeros enamoramientos, de los secretos entre amigas, de los paseos en grupo por las calles del barrio y también de ir juntas al Parque

Sarmiento, tomar helados, andar en los botes del lago, al parque de diversiones. Grupos de amigas de las cuales aún muchas seguimos en contacto.

Cuando llegaban los carnavales, todo era juegos con agua. No existían las bombitas, así que corría el agua con mangueras y baldes e inundábamos veredas, casas, garajes. También estaban los bailes de carnaval, donde solo se usaban pomos de agua perfumada y papel picado y bailar con nuestros amigos o algún chico que nos parecía simpático y buen mozo.

*“Mi primer baile con mi madre y hermano” y
“Mi baile de egresada”*



La primaria la realicé en la escuela Roque Sáenz Peña, cerca de casa. Iba turno tarde. Mi madre me llevaba y me iba a buscar los primeros dos años. Bajábamos por Belgrano hasta Pueyrredón y allí había una subida de calle de tierra, por el costado del Pocito, que aún existe, hasta la esquina con Vélez Sarsfield. Allí fui hasta quinto grado. Ya a finales del Primero Superior, nos reuníamos un grupo de niñas del barrio, entonces íbamos y volvíamos juntas, jugando y riendo, sin ningún peligro. Al terminar quinto grado, rendí examen para entrar a la escuela Normal A. Carbó y allí terminé el primario, secundario y luego el Profesorado de Jardín de Infantes.

Viví en Barrio Güemes hasta casarme, en 1967. Me vine a Buenos Aires, donde formé mi familia. Puedo agradecer a la vida la familia que tuve y la que tengo, las amistades de ese barrio querido que conservo. Aún recuerdo sus calles, los árboles, el perfume de los paráisos, los juegos en la calle, el sonido del tranvía, las escapadas a la siesta, los amigos de familias buenas, simples, trabajadoras.

